

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## LAS REVOLUCIONES.

### II.

Las heregias, verdaderas revoluciones en el orden intelectual y en el social, azotes de la humanidad y del sentido comun, como las llama un historiador contemporáneo, las heregias, repetimos, fueron las primeras evoluciones del error que determinaron el progresivo desenvolvimiento del dogma católico (1). Depositada la verdad por el evangelio en el seno de las sociedades humanas, no podia adquirir desde luego todo el desarrollo de que era susceptible, no podia desplegar de una vez toda la riqueza, toda la exuberancia de su vida. La simiente contiene en sus confusos linea-

(1) Nada extraño fuera que aquellos que no quieren ver aplicada a la sociedad civil la palabra *progreso*, la gradúan de errónea y temeraria al leerla aplicada tambien a la doctrina de la Iglesia. Para desvanecer sospechas y calmar celos infundados, permítasenos transcribir dos pasajes de escritores católicos, que ya por el crédito de que gozan entre teólogos, ya por la lejana época en que vivieron, no se sospechará que estuviesen inficionados del *virus del liberalismo*. El primero es de Vicente de Lerins, renombrado escritor del siglo V y a quien la Iglesia venera sobre sus altares, dice así: *Sed foristan dicet aliquis: Nullusue ergo in Ecclesia Christi profectus habebitur intelligentiæ? Habetur plane et maximus, set ita tamen ut vere profectus sit ille fidei, non permutatio..... Imitetur animarum ratio rationem corporum, quæ licet annorum, processu numeros suos evolvant et explicent, eadem tamen, quæ erant, permanent* (COMMONIT. c. 29). El segundo es de Melchor Cano, insigne teólogo del siglo XVI, quien en su incomparable obra *De socijs Theologicis*, lib. VII, cap. 4, dice lo siguiente: *Nullusue in Christi Ecclesia profectus habebitur intelligentiæ? Minime vero gentium; possumus enim vetustis novitatem dare, obsoletis nitorem, obscuris lucem, fastiditis gratiam, dubijs fidem, omnibus naturam suam et natuæ suæ omnia*. Insistir en esta verdad que no puede ignorar quien tenga una ligera tintura de teología, sobre superfluo, fuera ridiculo.

mientos las graciosas formas del futuro vi-  
viente; pero es menester el trascurso del  
tiempo para que los contornos se vayan pro-  
nunciando, para que se manifieste la exactitud  
de las proporciones, la contextura de los  
miembros, la trabazon de los músculos y todo  
lo que constituye la sabia armonía y belleza  
del cuerpo humano. Lo mismo sucede con la  
vida intelectual y moral de la humanidad: la  
verdad, que es la esencia de esta vida, se  
desenvuelve y extiende en círculos concéntri-  
cos que se dilatan paulatinamente, recibiendo  
el impulso de Dios que es el centro comun  
de todos ellos.

Una vez incluido el gérmen en las entrañas  
que han de fecundizarlo, los varios agentes  
que concurren a la obra de la naturaleza no  
pueden permanecer ociosos; su acción mas ó  
menos lenta y eficaz déjase sentir desde luego.  
El desenvolvimiento es entonces necesario, el  
progreso es una ley natural, indeclinable: si  
intentais impedirlo ó paralizarlo, la vida se  
estingue. Así tambien, planteadas por la Igle-  
sia las verdades fundamentales del cristia-  
nismo, empezaron desde luego a ejercer su  
influjo regenerador sobre las sociedades, y  
dióse principio a un progreso intelectual y  
moral, del que habia de derivarse mas tarde  
el social y político. Cuando Jesucristo com-  
para la Iglesia al pequeño grano de mostaza  
que depositado en el seno de la tierra llega a  
convertirse en frondosísimo árbol, ¿no alude  
manifiestamente a esa ley de progreso a que

obedece la verdad en su desenvolvimiento sucesivo? Si el hombre pudiese, como Dios, abarcar de una sola mirada la verdad en toda su plenitud, el progreso fuera entonces imposible, fuera un contrasentido, porque en este caso poseeríamos la perfección absoluta. Pero precisamente la inteligencia humana alcanza la verdad por partes que en el orden lógico se suceden unas á otras. Además, en todo linaje de conocimientos sucede que adquirida una verdad cualquiera, queda todavía un vasto campo que recorrer, quedan por indagar las múltiples relaciones que ella tiene con las demás, y todas las consecuencias que de la misma pueden deducirse. Así es que la Iglesia no desarrolló en un solo día ni en un solo siglo toda su doctrina, esa doctrina profunda y sublime que andando los tiempos había de formar las ciencias teológicas. Este desarrollo fué lento y gradual, motivado ordinariamente por las heregías, ó sea por las revoluciones religiosas; lo cual prueba que el fin providencial de las revoluciones es promover el adelanto de la humanidad, dirigiéndola hácia una perfección cuyos horizontes se agrandan á medida que avanzamos. Prueba además que las revoluciones son efecto de esa fuerza misteriosa, de esa vitalidad exuberante que encerró Dios en el corazón de las sociedades, y que combinándose con causas extrañas, arroja esos abortos monstruosos que varían de nombre segun sea el orden de cosas en que se verifican. Las llamadas aberraciones de la naturaleza en los seres vivientes ¿no proceden del empuje mismo de la vida que siempre crece y tiende al perfecto desarrollo, pero que es á veces contrariado por la intervencion de causas que lo extravían?

La doctrina católica, apoderándose de las sociedades paganas é infiltrándose en sus instituciones y costumbres, no podía permanecer estacionada. Por esto es que en su misma cuna tuvo la Iglesia que luchar con la heregía que la trabajó, es verdad, pero provocó la reunion de concilios donde se deslindaron los puntos controvertidos, aclarándose las dudas y fijándose con precisión y exactitud el dogma y la moral. La heregía dió ocasion á

una lucha ciertamente deplorable; pero hizo bajar á la arena de la discusión á los mas insignes talentos, que convertidos en campeones de la verdad, dejaron escritas esas obras monumentales, páginas brillantes de la historia del espíritu humano, que señalan la marcha magestuosa de la ciencia al través del tiempo y del espacio. El movimiento filosófico y literario iniciado en los primeros siglos del cristianismo, tuvo por únicos representantes á los santos padres y escritores eclesiásticos de aquellos tiempos, que bien pueden llamarse tiempos de lucha y de completa revolución científica, religiosa y social. Los nombres de Lactancio, Tertuliano, Eusebio, Orígenes, Ambrosio, Gerónimo y Agustín, siempre serán pronunciados con respeto, siempre saludados con entusiasmo, como nombres de genios ilustres á quienes debe eterna gratitud la ciencia, la civilización y la cultura. En aquellos siglos de regeneración intelectual y moral el empuje era poderoso, la vida rebosaba rica y abundante: y ved ahí por qué al par de los grandes errores brotaban los grandes talentos que se nutrian con la preciosa savia de la verdad; al lado de las aberraciones de la heregía se ostentaba vencedor el dogma católico, que se desenvolvía magníficamente en los escritos de los Padres y en las decisiones de los concilios, y reflejaba sus rayos bienhechores en las ciencias contemporáneas y en la organización social que se reconstituía sobre nuevas bases.

Por esto decíamos que las revoluciones son en cualquier orden de cosas efecto de cierta exuberancia de vida que tiende sin cesar á crecer y á desarrollarse, y que son consecuencia necesaria de la ley de perfección á que fueron sujetadas por la Providencia las cosas humanas; pues es muy digno de notarse que las revoluciones tienen cabalmente lugar en aquellas épocas en que las sociedades disponen de mas ricos elementos de civilización y de progreso. Así es que despues de la invasión de los bárbaros hasta el siglo X apenas si se suscitó una que otra heregía, las que ni fueron graves ni de grandes consecuencias; y no es de extrañar que así sucediera, porque ar-

rumbadas las ciencias y retardada la marcha de la civilización por el estruendo de las armas y por el genio guerrero é indomable de los invasores, mal podía manifestarse la existencia de una vida que había abandonado los miembros del cuerpo social y replegádose en el corazón, es decir, en el silencioso retiro de los claustros, donde se salvaron y fueron restauradas las ruinas de la ciencia. Pero aguardad á que amanezca la época del renacimiento; aguardad á que la vida intelectual, atraída por el celo perseverante de Carlo-Magno y sus sucesores, refluya en los miembros paralizados por el marasmo; entonces vereis reaparecer las heregías y juntamente á los grandes paladines del dogma católico, á los ilustres restauradores de la ciencia, que propagan y difunden las luces por todos los ámbitos de las naciones civilizadas. El movimiento científico lanza á algunos ingenios atrevidos por las peligrosas sendas de oscuras investigaciones metafísicas, haciéndose un deplorable abuso de la especulación y del raciocinio. El célebre Escoto Erígenas inicia la heregía escolástica á fin del siglo IX, y siguen sus huellas los espíritus inquietos y mal avenidos con la salvadora tutela que ejerce la fe sobre las inteligencias dóciles guiándolas por senderos rectos y seguros. Pero siempre y en todas partes se descubre la misma ley providencial: frente á frente de Beranger de Tours se presenta el sabio Lanfranc, frente á frente de Roscelin el profundo pensador san Anselmo de Cantorbéry, frente á frente de Abelardo el insigne abad de Claraval. El espíritu humano sigue desplegando sus ricas alas y remontándose sobre ellas á las mas altas regiones; la ciencia impulsada por el genio va estendiendo sus conquistas, dirigidas por Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura, y tantos y tantos otros que ocupan un distinguido lugar en la historia de los progresos humanos. Y cuando los errores toman un carácter social muy pronunciado y pasean sus delirios y perversidad por toda la Europa, cuando los Valdenses y los Albigenses trastornan con sus disolventes doctrinas la alta Italia y la Francia meridional, poniendo en grave peligro la civiliza-

ción europea, ¿no veis aparecer sobre el campo de batalla á Domingo de Guzman y á Francisco de Asís, capitaneando á las órdenes mendicantes, aguerridas huestes de la doctrina católica y de la civilización de los pueblos?

Prosigamos rápidamente nuestra ligera escursión por el campo de la historia. ¿En los siglos XIV y XV no experimentaban las sociedades europeas cierto desasosiego y mal-estar, síntomas de la necesidad de reformas proclamada por los mas santos y sabios varones de la época? Y la reforma vino, porque nada ni nadie es capaz de impedir por largo tiempo lo que el espíritu de un siglo reclama; pero como aquella reforma no partió de la legítima autoridad, como fué iniciada por las pasiones, hizo estallar una de las mas terribles y sangrientas revoluciones religiosas y sociales que registran en su historia las naciones cristianas. ¿Y no se vé confirmada aquí una vez mas la ley general de la historia, segun la cual la humanidad avanza y se desenvuelve al través de las revoluciones? Porque sabido es que en pos de la malhadada reforma vino una saludable reacción en la que los hijos de la verdad rivalizaron en celo, en virtud y en saber, dando á la moral, á la ciencia y á las letras un maravilloso impulso. Los estudios eclesiásticos progresaron extraordinariamente gracias á la ardiente lucha que se trabó entre los mas preclaros ingenios, y la sociedad se repuso de sus descabros, merced al infatigable celo de los varones apostólicos que salieron del seno de la Iglesia dotados del espíritu que las circunstancias exigían para llenar las necesidades de aquel siglo. San Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesus, san Francisco de Sales, san Vicente de Paul y tantos otros que brillaron en aquellos borrascosos dias, ¿no nos ofrecen una prueba palmaria de que por regla general el progreso humano es anunciado por las revoluciones y realizado por el catolicismo?

Siguiendo la humanidad su marcha, las ciencias descendieron de las regiones puramente especulativas, y convirtiendo toda su atención á la realidad de las cosas y de los hechos, fijáronse en el estudio y exámen de

los individuos y de las sociedades. Planteáronse entonces trascendentales cuestiones de política general que fueron discutidas, por católicos y protestantes, por eclesiásticos y seculares; brotaron los primeros gérmenes de la ciencia económica, viéndose ya al trasluz de aquel gran movimiento intelectual agitarse en revuelta confusión los problemas sociales que surgieron en el siglo XVIII, y que mas explícitamente formulados en nuestros días, están aguardando aun los mas de ellos su definitiva solución.

Verdad es que ese exceso de agitación profunda, esa superabundancia de vida que corre por las venas del cuerpo social, produce graves trastornos y calamidades; pero ¿cuándo, en qué época, salvas las diferencias de los tiempos, no se ha verificado una cosa parecida? ¿Se calmará esa efervescencia peligrosa? ¿la sociedad desquiciada volverá á su asiento? ¿Y por qué no? *Modicæ fidei, quare dubitasti?* No pudiéramos preguntar á los hombres tímidos, ¿por qué dudais? á qué ese desaliento? ¿Por ventura la Iglesia no triunfó completamente del paganismo, no venció las heregías; no arrolló las compactas huestes del protestantismo obligándole á replegarse en las trincheras del racionalismo moderno? ¿Por qué no ha de vencer tambien á este, y apoderándose de los ricos elementos de civilización esparcidos por las sociedades contemporáneas, no ha de resolver todas las cuestiones pendientes y realizar el progreso que las revoluciones prometen y al mismo tiempo retardan é impiden con sus excesos y demasías? «La ley de perfección del cristianismo, dice un historiador filósofo, se trasmite de la Iglesia á la sociedad. La Iglesia peleando y padeciendo tiende sin descanso á asimilarse cuanto le rodea.» Así nos lo dice la historia en todas sus páginas; y preciso es cerrar voluntariamente los ojos para no ver el desenvolvimiento de la humanidad en el orden científico y en el social, progreso que si bien ha dado ocasión á conflictos lamentables, al fin y al cabo la Iglesia se ha apoderado de él y lo ha ordenado y dirigido por la senda de la verdad y del bien. Sí, la Iglesia venció el paganismo

con la sangre de los mártires, venció la heregía con la ciencia de los santos padres, y curó los males sociales de los pasados siglos con el celo y caridad de las órdenes religiosas. Curará tambien los del presente, no sabemos cómo ni cuándo; pero estamos seguros de que les aplicará en tiempo oportuno un remedio poderoso y eficaz. Cuando no tuviéramos otras razones en que apoyar nuestra convicción la enseñanza de la historia por sí sola bastaría para alejar de nuestros ánimos los recelos y temores de la duda.

Desgraciadamente no faltan espíritus tímidos y asustadizos que se sobresaltan al oír pronunciar el nombre de *progreso*. ¿Creen acaso que esta palabra no puede ser proferida sino por aquellos que están afiliados á un partido político? ¿Creen que esta palabra es sinónima de pueblo amotinado que recorre las plazas y las calles *al son del himno de Riego*? ¡Por Dios! que no se empequeñezcan las cuestiones, examinándolas al través del falso prisma del espíritu de partido! Nosotros contemplamos el progreso bajo un punto de vista mas elevado, bajo el punto de vista de la filosofía, de la religion y de la historia: y creemos que su verdad se deduce de los hechos que acabamos de esponer, si bien apuntándolos ligeramente por no consentir otra cosa la índole de un artículo; creemos que la Providencia dirige por medio del catolicismo los progresos lentos pero seguros de la humanidad, cuya divisa, segun la bella expresión del historiador arriba citado, es *tiempo y esperanza*.

JUAN MAURA PRO.

### RÉPLICA

EN DEFENSA DE LA ASOCIACION DE S. VICENTE DE PAUL.

En contestación á una carta enviada desde Cádiz al *Imparcial* por un señor D. Eduardo Rico Nartinez pretendiendo rebatir la vindicación del Sr. Madrazo é insistir en los cargos contra dicha sociedad, ha publicado nuestro digno amigo una breve respuesta de que en su parte sustancial no queremos privar á nuestros lectores.

«La contestacion que doy al apreciable y erudito, pero algo preocupado Sr. Rico Nartinez, se reduce á esto:

*Objeto principal de la asociacion de san Vicente de Paul.* La mútua y fraternal edificacion de los asociados, estimulándose á vivir segun la santa ley de Dios.

*Medio para lograr este objeto.* El ejercicio de la caridad; sin imprudencias que comprometan aquel fin.

¿Cómo entienden la caridad los socios de san Vicente de Paul? Como la enseñó y practicó Jesucristo, como la enseña y la practica su Iglesia. La caridad no se ejerce solamente dando pan y dinero al pobre; pues aunque la locucion mas usual y vulgar designe como *obras de caridad* principalmente los diversos modos de la limosna corporal, es bien sabido que hay obras de misericordia espirituales y que estas suelen ser las mas necesarias.

Estas obras de caridad, corporales y espirituales, procura la sociedad de san Vicente de Paul, en todos los paises donde se halla establecida, hacerlas sin ostentacion, sin pregones y sin llamar en su auxilio *la irresistible coquetería mística de lo mas bello del bello sexo*, como donosamente dice el Sr. Rico Nartinez; y al entregarse á su ejercicio, no intenta tampoco coadyuvar á punibles *esfuerzos para la fundacion de una nueva y mas laxa iglesia, que pudiera llamarse lega, y que aspira á dominar y esclavizar á la fundada por Jesucristo*. Estaban, pues, de mas las reflexiones del Sr. Rico Nartinez, escelentes en absoluto, sobre lo que llama *nueva secta de ingenieros*, y de mas tambien la cita del Dante sobre el castigo reservado en la otra vida á los hipócritas.

Probado en mi carta del 5 de junio, inserta en *La Epoca*, que el objeto de la asociacion de san Vicente de Paul es la mútua edificacion por medio de la caridad, mal podria el Sr. Rico Nartinez defender ya la tésis del *fin político* de esta inofensiva institucion: así que, de esa formidable censura no ha vuelto á hacerse uso, y nuestra querida asociacion en este punto, lejos de haber perdido ha ganado, gracias á Dios, bastante.

Mas hé aquí que el Sr. Rico Nartinez formula una nueva acusacion, y dice: no serán Vds. sociedad política, pero tampoco son asociacion de caridad, sino una nueva escuela de *egoistas* que se proponen por principal objeto el bien de sus almas, y emplean las obras de caridad como medio para aspirar á la bienaventuranza.

¡Ah! no sospecha el Sr. Rico Nartinez lo que acerca de esto le voy á replicar; y es, que esa acusacion va derechamente contra la Iglesia católica, apostólica, romana, contra los reverendos prelados y respetables párrocos, contra los santos padres, contra los apóstoles y contra el mismo Jesucristo, por lo que de la virtud de la caridad nos han enseñado.

Dar al pobre, es el *mandato*; hacerlo por el bien de la propia alma, es el *motivo*. La gran ventaja que lleva la moral cristiana á todos los sistemas filosóficos humanos, consiste cabalmente en propo-

ner para el ejercicio de las virtudes motivos racionales y acordes con los sentimientos naturales rectos. La filosofía del cristianismo reúne á la belleza suma la suma racionalidad.

El Sr. Rico Nartinez (repito este apellido para irme acostumbrando á él, porque es algo extraño), el Sr. Rico Nartinez, creyendo abrumarnos con una enormidad moral deducida de nuestros principios por legítima consecuencia, ha formulado la verdadera parábola, digamoslo así, del amor que debe tenerse á sí mismo el perfecto cristiano, y ha dicho: «El contingente de los socios es un pequeño capital puesto á réditos, del cual se cobra ó pretende cobrar el usuario interés de la felicidad y bienestar inmortal.» Así, figurándose estrecharnos en una especie de *reductio ad absurdum*, ha venido nuestro mismo impugnador á formular una verdad fundamental, que abraza toda la doctrina evangélica del *interés bien entendido: utilitarismo* santo que pone su aspiracion y su ansia en Dios y en la vida futura, y que está en perfecta consonancia con los textos de la sagrada escritura acerca de los motivos de la caridad. *Ex substantia tua fac eleemosynam... Quomodo potueris, ita esto misericors... præmium enim bonum tibi thesaurizas in die necessitatis.* (Tob. IV) — *Non erit ei bene qui assiduus est in malis et eleemosynam non danti.* (Eccl. XII.) — *Benefacit animæ suæ vir misericors.* (Prov. XI.) — *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ quæ nunc est et futuræ.* (I Tim. IV) etc., etc.

Omito recordar al Sr. Rico Nartinez, á quien con satisfaccion contemplo tan adicto á la Iglesia católica, lo que dispuso el santo concilio de Trento en órden á los motivos de que han de echar mano los señores párrocos para escitar á los fieles á la limosna; todos los cuales están basados en esas bendecidas promesas del antiguo y nuevo Testamento á los caritativos. Reconozca mi docto y avisado impugnador como *necesaria é indefectible, innata y providencial*, la aspiracion del hombre á *la propia felicidad*; y habrá desaparecido el principal motivo de controversia entre nosotros.

Creo haber demostrado que la sociedad de san Vicente de Paul es una reunion de *caridad*, y de caridad como la pide Jesucristo y la enseña la santa católica romana Iglesia, cuyos preceptos aspira á seguir sencillamente, sin propasarse á innovar en cosa alguna, y sin la loca presuncion de ofrecer *espuelas* á la llamada *Iglesia española* para reanimar en nuestra patria el santo celo de la caridad.

Casi no necesitaria justificarme del cargo que se me hace, de pregonar contra el verdadero espíritu de la caridad cristiana los beneficios prestados á los menesterosos por la asociacion de san Vicente de Paul. Fué en verdad muy poco lo que sobre el particular dije, para lo que podia haber dicho; pero, prescindiendo de que hay circunstancias en que los hombres tienen el deber de seguir el consejo del apóstol, *providentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus* (san Pablo á los Romanos, c. XII), al mencionar lo que nuestra aso-

ciación hacia, nada manifesté que no fuera ya público y notorio, porque siempre hemos obtemperado sumisos el precepto que el gobierno nos impuso de dar cuenta cabal de nuestros actos en los *Boletines* de nuestra sociedad, que el mismo gobierno mensualmente recibía. Y si la censura se dirige á mí particularmente, ¿he decantado yo por ventura alguna obra personal mia, para que se me aplique aquello de *cum facias eleemosynam noli tuba canere ante te?*

Seria un pobre insensato, mas que un fariseo, quien fundase la menor vanagloria en haber hecho perezosamente y con tibieza una parte mínima de lo mas fácil y sencillo, cuando tantos individuos de esa nuestra utilísima y en mal hora disuelta asociación han abrazado á los apestados, han curado por sus propias manos las mas repugnantes llagas, han gastado su tiempo, sus fatigas, su inteligencia y sus lágrimas en beneficio espiritual de infelices que no tenían otro título para reclamarlos que el de hermanos en Jesucristo, han arrostrado por ellos con júbilo los mas inauditos sacrificios; y sus nombres, sin embargo, no suenan mas de lo que suena el aliento de Dios al pasar por los surcos del campo y henchirlos de mieses.»

PEDRO DE MADRAZO.

## CRÓNICA.

En la mañana del 27 de junio dió el papa audiencia á los *reduci* de las batallas para la defensa del pontificado. Al presentarse su santidad ante los 1,300 hombres que componían la comision, fué saludado con entusiastas aclamaciones. El marqués Patrizi leyó un mensaje, al cual contestó Pio IX en los siguientes términos:

«Quiero decir algunas palabras para mostraros mi afecto y gratitud por los testimonios de fidelidad que con tanta energía me habeis dado tan á menudo y que me han llenado de consuelo. Nosotros caminamos con fé, valor y fidelidad. El alma fiel es agradable á Dios, y Dios la recompensa de una manera extraordinaria. No quiero decir con esto que haya signos anunciando que dentro de pocos dias, de un mes, de algunas semanas, lucirá el alba de un sol mas brillante y limpio, mensajero de la paz y del sosiego que deben ser efecto de vuestra fidelidad. Pero sin embargo, no nos desanimemos.

Cuando nuestro Señor estaba en el mundo, dos ciegos pidieron un dia la vista. Sabido es que Jesucristo solía hacer los milagros de improviso, en medio del pueblo, en las plazas, en las calles. Aquellos ciegos pedían vista, y Jesucristo no los atendió en el momento. Y sin embargo, eran fieles, eran personas que podían honrarse con el nombre y símbolo de la fidelidad. Pero ellos continuaron siguiéndolo á Jesus, apoyados en alguna persona que les sostenía, y le acompañaron hasta la casa á donde iba. Allí Jesus, movido de tanta constancia, les preguntó si creían.—Sí, respondieron, creemos.—Y hablaban con gran fé, con una fé que habia crecido en el camino, y fueron hallados dignos de recibir la gracia que habian pedido. Es probable que la razon de no haber sido escuchados antes, fuese que su fé no era suficiente para ser dignos de un milagro. Pero acreció la fé por el deseo á lo largo del camino, y obtuvieron lo que deseaban.

Nosotros tambien estamos en tinieblas; marchamos tropezando á través de la oscuridad que ciertas gentes nos han

traído en lugar de la luz de que antes gozábamos. Y nosotros tambien clamamos al Señor: *Domine, ut videam*; y nosotros tambien decimos á Cristo que nos abra los ojos, ó mas bien (porque los ojos los tenemos abiertos) que disipe las tinieblas que nos rodean. No es una enfermedad fisica de nuestros ojos, sino las tinieblas morales lo que nos impide ver, porque se nos ha quitado la luz.

Continuemos pues orando, y esperemos que llegará el dia en que las tinieblas serán disipadas. Por otra parte, ¿á quién conviene la oración mejor que á vosotros que pertenecéis á la *Fedeltá*? Sed fieles, y pronto ó tarde el Señor hará la gracia. Díguese hoy confirmaros á todos en los sentimientos que me ha manifestado el marqués Patrizi, y ¡ojalá vosotros y vuestras familias mereçais las bendiciones de Dios, bendiciones que imploro y de que jamás he sido escaso! Yo no me he olvidado nunca de orar por Roma, y esta mañana mismo he celebrado la misa para que el Señor preserve á Roma del torrente de males que la inundan.

Hace algunos instantes he oido á un religioso que me decía «que la ciudad se encontraba desconocida. Diez años hace que falto de ella, entonces todo estaba tranquilo: hoy he encontrado otra Roma diferente:» y concluyó afirmándome que está admirado de los horrores, de los males y de los escándalos que se cometen en la ciudad destinada por Dios á ser, y que continuará siendo, la capital de la religion católica.

Nosotros bendigamos al Señor cuando nos castiga y nos premia, y digamos siempre: *Sit nomen Domini benedictum.*»

El 2 de julio el papa recibió á los párrocos de Roma, y despues de escuchar su mensaje de adhesion, les dirigió el discurso siguiente:

«Las nuevas pruebas de afecto y amor que recibo de los párrocos de Roma me mueven á llamarlos lo que son verdaderamente, *cooperatores mei in Ecclesia Dei*. Confirme y aumente en vosotros el Dios todopoderoso los sentimientos que os inspira. Ya que aumentan los males é iniquidades, es necesario que se aumente en vosotros el celo de la gloria de Dios y el deseo de salvar las almas del naufragio que nos amenaza. Estamos en efecto en medio de la tormenta, y en medio de la tormenta parece que la cabeza se turba y desvaría. Pero no; Dios nos ha prometido estar con nosotros, aun en las tempestades; y siempre misericordioso nos socorrerá y nos librará del furor de las olas y de los escollos, así como de las naves enemigas que tratan de sumergir la barca mística de la Iglesia.

En estos dias me he encomendado á Dios y le he rogado que ponga fin á la iniquidad que avanza. Yo veo que estas gentes dan cada dia un nuevo paso y crecen en audacia; es preciso pues que digamos francamente y con valor la verdad, y que nos esforcemos en destruir particularmente la obra de iniquidad y de irreligion que mata el corazon de la juventud imprudente. A propósito de esto os contaré un hecho reciente que conocen muchas personas. Un cardenal, pasando hace algunos dias por una calle solitaria, vió un coche en que iban tres niños que llevaban en la frente yo no sé que signo que vosotros conoceis mejor que yo, porque estais condenados á verlo todos los dias—(se refería al peinado de los alumnos de las escuelas municipales).—Estos tres niños eran llevados por un cochero, su maestro sin duda, puesto que llevaba la iniquidad pintada en su semblante: los niños al ver al cardenal se levantaron y no temieron gritarle: ¡muera los sacerdotes!

Estas impiedades son consecuencia del impio sistema de educacion y de instruccion que se ha propagado en la ciudad de Roma residencia del sucesor de san Pedro. ¿Y es posible que se vaya tan adelante en la iniquidad, con tanta imprudencia y con gran perjuicio de la humanidad y de la religion? Debemos hacer pues todo lo que podamos: debemos emplear todos nuestros esfuerzos para que el mal no se estienda mas, y para que los hijos del pueblo sean arrancados de las escuelas de corrupcion y de iniquidad.

En tanto, como prueba de nuestro afecto y para que el Señor os ayude en vuestro ministerio, os doy mi bendicion. Llevadla á vuestros feligreses, llevadla á toda la ciudad por

quien trabajais con tanto celo. Que esta bendición os consuele, os aliente, os ilumine en medio de las tinieblas que envuelven á la humanidad; que sea como un lazo que una á los que desean y hacen el bien, porque *vis unita fortior*, y así podrán pelear mas valerosamente en los combates del Señor.»

El corresponsal del *Univers* dice que en este discurso, insistiendo el papa sobre las consecuencias de la educación de que la municipalidad se ha abrogado el privilegio, dijo que estando las escuelas bajo el poder del municipio era necesario hacer tomar parte en los consejos de Roma á hombres capaces de remediar el mal y de hacer el bien, de separar los malos maestros y escoger los buenos. Pio IX añadió que hasta ese día se habia mostrado contrario á la ingerencia de los católicos en los asuntos municipales revolucionarios, pero que creia llegada la hora para los romanos de intervenir en las elecciones municipales y emplear todas las fuerzas de la honradez contra el desbordamiento de la iniquidad, y escitó á los curas á usar de su influencia en las familias con este objeto.

El 3 del mismo los colegios extranjeros establecidos en Roma fueron recibidos en audiencia por el padre santo en la sala del consistorio. Allí estaban representantes de los colegios de la América del Norte y de la del Sur, de Francia, Bélgica, Austria, Hungría, Grecia, Inglaterra, Irlanda, Escocia y el colegio internacional de la propaganda.

Al mensaje leído en nombre de los concurrentes por el rector del colegio de Escocia, el sumo pontífice contestó con el discurso que sigue:

«Nosotros tenemos la esperanza, y no la perderemos porque está fundada en Dios, de poder decir un día con entera verdad: «Ponte tus vestidos de gloria ¡oh Sion! hija cautiva» (1). Esto es lo que nos anunciaba en este momento el rector del colegio de Escocia, apoyando su presagio en la protección de santa Margarita que es una de las patronas de Escocia. Hace votos porque llegue el día bendito en que cada uno vea con júbilo de su alma á esta Roma capital del mundo católico abandonar su manto de irrisión y de error, para revestir el de alegría, es decir, para que se vean las calles barridas de tanta mancha é iniquidad, para que se vea nuevamente á Roma tal como fué y como será hasta la consumación de los siglos, capital del mundo católico, resplandeciente de virtud, de gloria y de poder espiritual.

Para obtener esto, mis queridos hijos, es preciso continuar haciendo lo que hasta aquí habeis hecho: así continuad rogando á Dios que tiene en sus manos el destino de las generaciones, á fin de que se digne atender á nuestros ruegos; continuad recordando á Jesucristo las palabras que él mismo pronunció, que siempre está dispuesto á conceder lo que se le pide. En efecto, dice en una parábola: «¿Qué padre, solicitado por su hijo para que le dé pan, le respondería dándole una piedra? ¿Qué padre del mundo, á quien su hijo pidiera un pescado, le contestaría dándole una serpiente? Por último, ¿cuál sería el padre, que rogado por su hijo para que le diera un huevo, atendería su ruego dándole un escorpion?»

Mis queridos hijos, estas palabras son las mismas de Jesucristo. Ellas deben alegrarnos, que en estos tres símbolos encontramos la fé, la esperanza y la caridad. ¿Sabeis quién suministró su explicación? un inglés, el venerable Beda. Él fué quien enseñó que el pan designa la caridad, porque la caridad es como el pan, la cosa mas necesaria del mundo. En efecto, ha llegado á ser proverbio (no sé cómo se dice en vuestros diferentes países) que nada hay en el mundo tan necesario como el pan, del mismo modo que la caridad se eleva sobre todas las virtudes.

El pescado significa la fé. ¿En qué manera significa la fé? vedla aquí. Cuando un pescado se encuentra en alta mar, y los vientos redoblan, la tempestad se desencadena y las olas en su furiosa carrera se elevan hasta las nubes, los pescados no tienen miedo: van por el fondo, y desprecian las olas furiosas, la tempestad y los vientos de cualquier lado que vengan. Lo mismo le acontece á la fé. Nosotros nos encontramos en tiempos en que la fé es atacada por las perfidias de los impíos, por la debilidad de los necios y por los sofismas

de los incrédulos. Sostengámonos firmes para evitar este escollo de la salud, puesto que sin la fé es imposible agradar á Dios. Agarrémonos al áncora de la fé, que nos salvará en medio de todas las tempestades y de todas las luchas de la naturaleza de que nos encontramos rodeados.

Por último, el huevo es el símbolo de la esperanza, porque el huevo contiene en sí mismo la esperanza de que se convertirá en ave. En esto se prueba la esperanza, y por esta razón el huevo es el símbolo de ella. Esperad pues, hijos míos, y rogad á Dios. Rogadle con humildad, con constancia, con resignación, á fin de que os conserve firmes y seguros en la fé, la esperanza y la caridad. El triunfo vendrá despues. Ciertamente es que el triunfo de este mundo, de la Iglesia, no es subir coronada al Capitolio, no; el triunfo de la Iglesia es la conversión de los pecadores, la propagación de la fé católica, las bendiciones de Dios, la santidad del clero, el buen ejemplo que todo el mundo está obligado á dar. Vosotros también, aunque jóvenes, debeis ser ejemplo para todo el mundo por la santidad de vuestra vida.

Estos son los triunfos de la Iglesia, y para que se puedan obtener permite Dios la persecución, puesto que, gracias á la persecución, los buenos redoblan sus esfuerzos y valor. Por esta razón Dios ha tomado el hielito que debe limpiar su Iglesia, y limpiar á los que dentro de ella misma están enfermos, á fin de hacerla mas bella, mas fuerte y mas constante. Ved, hijos míos, lo que teneis que hacer, y con el fin de que lo podais cumplir os doy mi bendición, para que os dé la fuerza y el valor de poner en práctica estas cortas lecciones que os he dado. Encomendad á Dios al papa, encomendadle vuestra patria, encomendadle la Alemania, de quien he hablado ya el otro día, y de quien no quiero decir mas, pues hay quien de ello se inquieta. Por lo demás, estas inquietudes son inútiles, porque yo diré y repetiré siempre las mismas cosas, á despecho de todas las iras que pueda despertar.

Tampoco hablaré de Francia, ni de Inglaterra, ni de ninguno de los países á que perteneceis, pero rogaré por todos ellos; por los protestantes para que se conviertan, por los pecadores católicos á fin de que se arrepientan, y por todos aquellos que necesiten de mis oraciones. Por vuestra parte, rogad también vosotros por los mismos fines.

Que Dios os bendiga, mis queridos hijos, que os bendiga en vuestro cuerpo y en vuestra salud, á fin de que podais trabajar en fecundizar la viña del Señor. Que El os bendiga en vuestra alma, y que os conceda los dones del Espíritu santo, á fin de que podais propagar por el mundo la verdadera fé con firmeza y constancia, con prudencia, pero con energía. Que os bendiga en vuestras familias, en vuestra patria, y que por vosotros se introduzca en vuestras familias el santo temor de Dios.

Siempre que tengais ocasión, no dejes de decir una palabra que escite aun mas el fervor de vuestros parientes para la práctica de las obras del verdadero cristianismo, de las obras que provienen del manantial de todo bien, y que son inspiradas por la fé, la esperanza y la caridad. Sed benditos durante la vida que os resta, y en el momento de vuestra muerte, cuando entregueis vuestra alma en manos de Dios. Así sereis dignos de su misericordia, si sabeis corresponder á sus gracias, y dignos también de alabarle y bendecirlo por toda una eternidad.»

El día 4, en nombre de los empleados del ministerio de Hacienda reunidos en la sala ducal, el caballero Luis Tongiorgi leyó al padre santo un mensaje de sumisión y cariño, recordando la época y los ejemplos de Gregorio VII que combatió victoriosamente á los gibelinos para establecer la verdadera libertad y la grandeza italiana, comparando á Pio IX con este gran papa. «Como Gregorio, dice el mensaje, habeis, santísimo padre, amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por esta razón el Señor ha querido aun en vida coronaros de una gloria inmortal.» Pio IX respondió:

«Ved aquí nuevas protestas de amor, nuevos motivos de esperanza y un nuevo apoyo para mí. Así pues este con-

(1) Induere vestimenta gloriæ tuæ, captiva filia Sion.

suelo que me proporcionáis me hace conocer cuáles son mis deberes, y entre esos deberes existe uno que me parece justo y natural bajo un doble punto de vista indicar y cumplir en la octava de san Pedro que estamos celebrando.

Un día Jesucristo se presentó á Pedro, y este se arrojó humildemente á los piés del Salvador, poniendo toda su atención para oír las palabras del divino Redentor; las palabras de vida eterna y la lección que el Salvador estaba dispuesto á darle. Veamos cuáles fueron en esta circunstancia las recomendaciones de Jesucristo á su vicario, al decirle que apacentase su rebaño: *Pasce oves, pasce agnos.*

Obligado yo también á imitar á san Pedro, puesto que estas palabras estaban dirigidas á todos sus sucesores al propio tiempo, vedme aquí en medio de vosotros para deciros que me reconozco doblemente obligado á cumplir el deber de apacentaros, lo mejor que está en mis facultades, en lo concerniente al cuerpo y mas aun y con mas cuidado en lo que atañe á vuestra alma. La primera parte es necesaria, porque la vida humana para sostenerse necesita socorros materiales. Pero la segunda es mas necesaria aun, porque se refiere á la existencia de la mas noble parte del sér humano, al alma, y el alma está criada para el paraíso. Yo también os diré: *Pasce oves, e' in corpore et in spiritu.* Dios quiera que este alimento espiritual, que os doy en este momento, sea útil á vuestras almas y á las almas de los que me puedan escuchar ó leer lo que voy á deciros.

Todo el mundo lo sabe. San Pedro terminó sus días en una cruz, imitando así de una manera especial la pasión de nuestro Señor. Nos también soportamos una cruz, no una cruz material, sino esa cruz que la naturaleza se resigna con tanta dificultad á soportar, la de los sufrimientos. Para mí esa cruz, por ejemplo, es que cuando joven se me permitía la libertad de ir por donde queria, y hoy que soy viejo no me es permitido hacerlo, porque la impiedad me impide administrar libremente la Iglesia de Jesucristo.

A pesar de esto, espero que Dios me dará la fuerza necesaria para gobernar la Iglesia durante los años, meses ó dias de vida que tenga á bien concederme, esperando además ver la paz que deseo en este momento. Quiera el Señor concederme esta gracia especial, que mis fuerzas no son comparables á las de Gregorio VII, y aun todavía son mas escasas que las del apóstol san Pedro; y yo querría, sin embargo, poder decir á mi vez: «*He amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso Dios se ha acordado de mi y me ha libertado.*»

Dios haga que se cumplan estos favorables presagios. Cierto es que la sociedad se encuentra áriamente espuesta á nuevos peligros. Cierto es que el desorden es tal, que nuestras solas fuerzas, nuestros esfuerzos solos, si Dios no nos ayuda, se án impotentes para reconquistar la calma perdida. ¡Oh! ¡que vengan esos socorros de Dios! que el Señor venga, como acudió al llamamiento del centurion que lo llevó á su casa para que curara á un criado á quien profesaba mucho cariño! que acuda para curar á tanto desgraciado que vive aquí en la aflicción por las persecuciones que sufre!

Nosotros podremos decir como el centurion: *Señor, yo no soy digno de que visiteis mi morada.* Acordaos (aquí hay muchos romanos y el mismo centurion era romano también), tened siempre presente esa fórmula que la Iglesia ha adoptado para la santa comunión. Era un romano, un pagano quien decia á Jesucristo: *Señor, yo no soy digno de que visiteis mi morada; pero decid una palabra, y mi criado será salvo.* Así debemos hablar nosotros. No somos dignos, Señor, de tener delante de nosotros vuestra presencia real, pero pronunciad una palabra, una sola palabra, y el mundo se tranquilizará.

Dios dijo: *Fiat*, y el mundo fué hecho. Dijo: *Fiat lux*, y la luz fué hecha. Dijo: *Fiat homo*, y el hombre fué creado. ¿Por qué no ha de decir en nuestros dias: *Hágase la calma*, y la calma será hecha? Ved aquí lo que debemos pedir á Dios: que venga esta tranquilidad, que pronuncie esta palabra, que nos dé fuerza á todos nosotros, á todas las almas católicas que están esparcidas por la superficie del mundo.

Entre tanto, recibid la bendición que os doy y que renuevo con todo mi corazón, á fin de que os fortifique y os dé el valor y la fuerza necesaria para marchar por un camino tan escabroso como marchaban los hebreos, que con una mano sostenían el instrumento propio para edificar, y con la otra presentaban la espada á sus enemigos. Continuemos nosotros combatiendo por un lado con la oración, y por otro con la constancia, y así veremos coronados nuestros esfuerzos, y podremos oír aquella santa palabra: *Fiat tranquillitas magna.* Bendigaos Dios para esto, como en este momento os bendigo.»

El 5 del mismo julio el papa se dignó aceptar la dedicatoria de la composición musical del R. P. Estanislao di Picho de la Compañía de Jesus, *Missa Papa Pius*, compuesta para tres voces. Diversas familias italianas y las *Piadosas instituciones de socorros á las parturientas* (que cuentan cerca de 2,000 damas romanas en sus listas de congregación que por término medio socorren mensualmente á 300 madres de familia), fueron admitidas también en audiencia en la sala consistorial. En contestación á un discurso leído por la marquesa de Biondi, pronunció el papa las palabras que copiamos:

«Recibo con placer y reconocimiento la viva y juvenil expresión de vuestros sentimientos, que muestran la candidez de vuestra alma, firme y constante en la defensa de los derechos de la santa sede y de la Iglesia. Si hubiéramos siempre de vivir del modo que vivimos hoy, querría poder decir á todas las mujeres: *Beata sterilis quæ non parit!* dichosa la mujer á quien Dios condena á la esterilidad, porque hoy es una desgracia aumentar el número de hijos á quienes se maltrata, á quienes se corrompe con falsos principios, con falsas doctrinas, y á quienes con los malos ejemplos se esponen á mil peligros. Esperemos que estos tiempos cesarán, sin que tengamos que pedir la esterilidad de la mujer, que seria desear el fin del mundo que está solo en los inexcrutables designios de Dios.

Por lo demás, vuestro celo me agrada, lo mismo que vuestra buena voluntad para acrecentar las obras de caridad que atraen las bendiciones del cielo.

Entre tanto, Dios por conducto de su indigno vicario os da el tesoro de su bendición, de la que participan también vuestras familias.»

Hé aquí el texto de la nueva ley publicada en Prusia contra los jesuitas:

«Nos, Guillermo por la gracia de Dios, etc., etc., etc., ordenamos lo que sigue:

1.º La orden de la Compañía de Jesus, lo mismo que las órdenes y las congregaciones monásticas afiliadas á dicha Compañía, son escludidas del territorio alemán.

Se le prohíbe la creación de nuevos establecimientos. Los que existen actualmente serán suprimidos en un plazo que fijará el consejo federal y que no podrá exceder de seis meses.

2.º Los miembros de la orden de la Compañía de Jesus ó de las órdenes y congregaciones que le están afiliadas, si son extranjeros, podrán ser espulsados del territorio de la confederación, si son indígenas, la permanencia en ciertos distritos ó localidades les podrá ser prohibida ó señalada.

3.º El consejo federal tomará las medidas necesarias para asegurar la ejecución de esta ley.

En fe de lo cual, Nos firmamos de nuestra mano y hacemos estampar el sello imperial.

Dado en Ems el 4 de julio de 1872. — Guillermo.

*El príncipe de Bismark.*»

También el gobierno de la república de Guatemala ha decretado la supresión de la Compañía de Jesus y la confiscación de sus bienes. Se espera igual medida en algun otro estado americano.